

Arthur Conan Doyle

El Carbunclo Azul



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL CARBUNCLO AZUL

ARTHUR CONAN DOYLE

**PUBLICADO: 1891
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

Traducido al castellano por Elejandría desde su publicación original en la colección de relatos titulada The Adventures of Sherlock Holmes (1892) disponible en Project Gutenberg.

EL CARBUNCLO AZUL

Había visitado a mi amigo Sherlock Holmes la segunda mañana después de Navidad, con la intención de desearle las felicitaciones de la época. Estaba tumbado en el sofá con una bata púrpura, un portapipas a su alcance a la derecha y un montón de papeles arrugados de la mañana, evidentemente recién estudiados, cerca de él. Al lado del sofá había una silla de madera, y en el ángulo del respaldo colgaba un sombrero de fieltro muy sórdido y de mala fama, en muy mal estado y agrietado en varias partes. Una lente y un fórceps colocados en el asiento de la silla sugerían que el sombrero había sido suspendido de esta manera con el fin de examinarlo.

"Está usted ocupado", dije; "quizás le interrumpa".

"En absoluto. Me alegro de tener un amigo con el que poder discutir mis resultados. El asunto es completamente trivial -señaló con el pulgar en dirección al viejo sombrero-, pero hay puntos relacionados con él que no carecen totalmente de interés e incluso de instrucción."

Me senté en su sillón y me calenté las manos ante su crepitante fuego, ya que había entrado una fuerte helada y las ventanas estaban llenas de cristales de hielo. "Supongo", comenté, "que, a pesar de su aspecto hogareño, esta cosa tiene alguna historia mortal vinculada a ella, que es la pista que te guiará en la solución de algún misterio y el castigo de algún crimen".

"No, no. Ningún crimen", dijo Sherlock Holmes, riendo. "Sólo uno de esos pequeños incidentes caprichosos que ocurren cuando hay cuatro millones de seres humanos que se agolpan en el espacio de unas pocas millas cuadradas. En medio de la acción y la reacción de un enjambre tan denso de

humanidad, cabe esperar que se produzcan todas las combinaciones posibles de acontecimientos, y se presentarán muchos pequeños problemas que pueden ser sorprendentes y extraños sin ser criminales. Ya hemos tenido experiencias de este tipo".

"Tanto es así", comenté, "que de los últimos seis casos que he añadido a mis notas, tres han estado totalmente libres de cualquier delito legal".

"Precisamente. Usted alude a mi intento de recuperar los papeles de Irene Adler, al singular caso de la señorita Mary Sutherland y a la aventura del hombre del labio torcido. Pues bien, no me cabe duda de que este pequeño asunto entrará en la misma categoría inocente. ¿Conoces a Peterson, el comisario?"

"Sí".

"Es a él a quien pertenece este trofeo".

"Es su sombrero".

"No, no, él lo encontró. Su dueño es desconocido. Te ruego que no lo veas como un maltrecho sombrero, sino como un problema intelectual. Y, primero, cómo llegó aquí. Llegó en la mañana de Navidad, en compañía de un buen ganso gordo que, no me cabe duda, se está asando en este momento frente al fuego de Peterson. Los hechos son los siguientes: hacia las cuatro de la mañana de Navidad, Peterson, que, como saben, es un tipo muy honrado, volvía de una pequeña juerga y se dirigía a su casa por Tottenham Court Road. Delante de él vio, a la luz del gas, a un hombre alto, que caminaba con un ligero tropiezo y llevaba un ganso blanco colgado del hombro. Al llegar a la esquina de Goodge Street, se produjo una pelea entre este desconocido y un pequeño grupo de rufianes. Uno de estos últimos le arrancó el sombrero al hombre, que levantó su bastón para defenderse y, balanceándolo sobre su cabeza, rompió el escaparate de la tienda que tenía detrás. Peterson se apresuró a proteger al forastero de sus asaltantes, pero el hombre, conmocionado por haber roto el escaparate, y al ver que una persona de aspecto oficial se dirigía hacia él, dejó caer el ganso, se puso en marcha y desapareció en el laberinto de callejuelas que hay en la parte posterior de Tottenham Court Road. Los rufianes también huyeron ante la aparición de Peterson, de modo que éste quedó en poder del campo de batalla, y también

del botín de la victoria en forma de este maltrecho sombrero y un ganso navideño de lo más intachable."

"¿Que seguramente devolvió a su dueño?"

"Mi querido amigo, ahí está el problema. Es cierto que "Para la señora de Henry Baker" estaba impreso en una pequeña tarjeta que estaba atada a la pata izquierda del ave, y también es cierto que las iniciales "H. B." son legibles en el forro de este sombrero, pero como hay unos miles de Bakers, y unos cientos de Henry Bakers en esta ciudad nuestra, no es fácil devolver la propiedad perdida a ninguno de ellos."

"¿Qué hizo entonces Peterson?"

"Me trajo tanto el sombrero como el ganso en la mañana de Navidad, sabiendo que hasta los problemas más pequeños me interesan. El ganso lo re-tuvimos hasta esta mañana, cuando hubo indicios de que, a pesar de la ligera helada, sería bueno que se comiera sin demora innecesaria. Su buscador se lo ha llevado, por tanto, para cumplir el destino final de un ganso, mientras que yo sigo reteniendo el sombrero del caballero desconocido que perdió su cena de Navidad."

"¿No se ha anunciado?"

"No."

"Entonces, ¿qué pista podrías tener sobre su identidad?"

"Sólo lo que podemos deducir".

"¿De su sombrero?"

"Precisamente."

"Pero estás bromeando. ¿Qué puedes deducir de este viejo y maltrecho fieltro?"

"Aquí está mi objetivo. Usted conoce mis métodos. ¿Qué puede deducir usted mismo en cuanto a la personalidad del hombre que ha llevado esta prenda?"

Tomé el objeto andrajoso en mis manos y lo giré con bastante pesar. Era un sombrero negro muy ordinario, de la forma redonda habitual, duro y en muy mal estado. El forro había sido de seda roja, pero estaba bastante des-

colorido. No tenía el nombre del fabricante, pero, como había observado Holmes, las iniciales "H. B." estaban garabateadas en un lado. Tenía un orificio en el ala para un sujetador de sombreros, pero faltaba el elástico. Por lo demás, estaba agrietado, sumamente polvoriento y manchado en varios lugares, aunque parecía haber habido algún intento de ocultar las manchas descoloridas manchándolas con tinta.

"No veo nada", dije, devolviéndoselo a mi amigo.

"Por el contrario, Watson, lo ve todo. Sin embargo, no sabe razonar a partir de lo que ve. Es usted demasiado tímido a la hora de hacer sus deducciones".

"Entonces, por favor, dígame qué es lo que puede inferir de este sombrero".

Lo cogió y lo miró con la peculiar forma introspectiva que le caracterizaba. "Quizá sea menos sugestivo de lo que podría haber sido", observó, "y sin embargo hay algunas inferencias que son muy claras, y otras que representan al menos un fuerte equilibrio de probabilidades. Que el hombre era muy intelectual es, por supuesto, obvio a primera vista, y también que fue bastante adinerado en los últimos tres años, aunque ahora ha caído en desgracia. Era previsor, pero ahora tiene menos que antes, lo que indica un retroceso moral que, junto con el declive de su fortuna, parece indicar que alguna influencia maligna, probablemente la bebida, está actuando sobre él. Esto puede explicar también el hecho obvio de que su esposa ha dejado de amarlo".

"¡Mi querido Holmes!"

"Sin embargo, ha conservado cierto grado de autoestima", continuó, sin hacer caso de mi protesta. "Es un hombre que lleva una vida sedentaria, que sale poco, que ha dejado de formarse por completo, que es de mediana edad, que tiene el pelo canoso que se ha cortado en los últimos días y que unge con crema de cal. Estos son los hechos más evidentes que se deducen de su sombrero. También, por cierto, que es extremadamente improbable que tenga gas instalado en su casa".

"Sin duda está bromeando, Holmes".

"En absoluto. ¿Es posible que incluso ahora, cuando le doy estos resultados, sea usted incapaz de ver cómo se consiguen?"

"No tengo ninguna duda de que soy muy estúpido, pero debo confesar que soy incapaz de seguirle. Por ejemplo, ¿cómo ha deducido usted que este hombre era intelectual?"

Como respuesta, Holmes se puso el sombrero en la cabeza. Le llegó justo a la frente y se posó sobre el puente de la nariz. "Es una cuestión de capacidad cúbica", dijo; "un hombre con un cerebro tan grande debe tener algo en él".

"¿El declive de su fortuna, entonces?"

"Este sombrero tiene tres años. Estas alas planas rizadas en el borde llegaron entonces. Es un sombrero de la mejor calidad. Mire la banda de seda acanalada y el excelente forro. Si este hombre pudo permitirse comprar un sombrero tan caro hace tres años, y no ha tenido ningún sombrero desde entonces, entonces es seguro que ha descendido en el mundo."

"Bueno, eso está bastante claro, ciertamente. ¿Pero qué hay de la previsión y el retroceso moral?"

Sherlock Holmes se rió. "Aquí está la previsión", dijo poniendo el dedo sobre el pequeño disco y el lazo del guardasombrero. "Nunca se venden sobre sombreros. Si este hombre encargó uno, es señal de cierta previsión, ya que se desvivió por tomar esta precaución contra el viento. Pero como vemos que ha roto el elástico y no se ha preocupado de reemplazarlo, es obvio que ahora tiene menos previsión que antes, lo que es una clara prueba de una naturaleza debilitada. Por otra parte, se ha esforzado por ocultar algunas de estas manchas en el fieltro embadurnándolas de tinta, lo que es una señal de que no ha perdido del todo su autoestima."

"Su razonamiento es ciertamente plausible".

"Los puntos adicionales, que es de mediana edad, que su cabello es canoso, que ha sido cortado recientemente, y que usa crema de cal, se deducen de un examen minucioso de la parte inferior del forro. La lente revela un gran número de puntas de cabello, cortadas limpiamente por las tijeras del barbero. Todos ellos parecen ser adhesivos, y hay un claro olor a crema de cal. Este polvo, observará usted, no es el polvo gris y arenoso de la calle, sino el polvo marrón y esponjoso de la casa, lo que demuestra que ha estado colgado en el interior la mayor parte del tiempo, mientras que las marcas de humedad en el interior son una prueba fehaciente de que el portador transpi-

raba muy libremente, y por lo tanto, difícilmente podía estar en el mejor de los entrenamientos."

"Pero su esposa... usted dijo que ella había dejado de amarlo".

"Este sombrero no ha sido cepillado durante semanas. Cuando te vea, mi querido Watson, con una semana de acumulación de polvo sobre tu sombrero, y cuando tu esposa te permita salir en ese estado, temeré que tú también hayas tenido la desgracia de perder el afecto de tu esposa."

"Pero podría ser un soltero".

"No, traía el ganso a casa como ofrenda de paz a su esposa. Recuerde la tarjeta en la pata del pájaro".

"Usted tiene una respuesta para todo. Pero, ¿cómo se deduce que el gas no está puesto en su casa?"

"Una mancha de sebo, o incluso dos, podría venir por casualidad; pero cuando veo no menos de cinco, creo que no puede haber ninguna duda de que el individuo debe estar en contacto frecuente con el sebo ardiendo; camina arriba por la noche probablemente con su sombrero en una mano y una vela de canalón en la otra. En cualquier caso, nunca se manchó de sebo con un chorro de gas. ¿Está usted satisfecho?"

"Bueno, es muy ingenioso", dije yo, riendo; "pero dado que, como usted acaba de decir, no se ha cometido ningún crimen, ni se ha hecho ningún daño, salvo la pérdida de un ganso, todo esto parece ser más bien un desperdicio de energía."

Sherlock Holmes había abierto la boca para replicar, cuando la puerta se abrió de golpe y Peterson, el comisario, entró corriendo en el apartamento con las mejillas sonrojadas y la cara de un hombre aturdido por el asombro.

"¡El ganso, señor Holmes! El ganso, señor!", jadeó.

"¿Eh? ¿Qué pasa con él, entonces? ¿Ha vuelto a la vida y ha salido alejando por la ventana de la cocina?" Holmes se giró en el sofá para tener una visión más clara de la cara de excitación del hombre.

"¡Mire, señor! Vea lo que mi esposa encontró en su buche". Extendió la mano y mostró en el centro de la palma una piedra azul brillantemente centelleante, de tamaño más bien pequeño que una judía, pero de tal pureza y

resplandor que centelleaba como un punto eléctrico en el oscuro hueco de su mano.

Sherlock Holmes se incorporó con un silbido. "¡Por Dios, Peterson!", dijo, "esto es un verdadero tesoro. ¿Supongo que sabe lo que tiene?"

"¿Un diamante, señor? Una piedra preciosa. Se corta en el cristal como si fuera masilla".

"Es más que una piedra preciosa. Es la piedra preciosa".

"¿Es el carbunclo azul de la Condesa de Morcar!", exclamé.

"Precisamente eso. Debería conocer su tamaño y su forma, ya que últimamente he leído el anuncio sobre él en el Times todos los días. Es absolutamente único, y su valor sólo puede conjeturarse, pero la recompensa ofrecida de mil libras no está ciertamente a una vigésima parte del precio de mercado."

"¡Mil libras! ¡Grandioso Señor de la misericordia!" El comisario se acomodó en una silla y se quedó mirando de uno a otro de nosotros.

"Esa es la recompensa, y tengo razones para saber que hay consideraciones sentimentales de fondo que inducirían a la Condesa a desprenderse de la mitad de su fortuna si pudiera recuperar la gema".

"Se perdió, si no recuerdo mal, en el Hotel Cosmopolitan", comenté.

"Precisamente, el 22 de diciembre, hace apenas cinco días. John Horner, un fontanero, fue acusado de haberla extraído del joyero de la señora. Las pruebas contra él eran tan contundentes que el caso ha sido remitido a la Audiencia. Creo que tengo aquí algún relato del asunto". Rebuscó entre sus periódicos, echando un vistazo a las fechas, hasta que por fin alisó uno, lo dobló y leyó el siguiente párrafo:

"Robo de joyas en el Hotel Cosmopolitan. John Horner, de 26 años, fontanero, fue acusado de haber sustraído, el día 22, del joyero de la condesa de Morcar la valiosa gema conocida como carbunclo azul. James Ryder, encargado del hotel, declaró que el día del robo había llevado a Horner al camerino de la condesa de Morcar para que soldara la segunda barra de la reja, que estaba suelta. Había permanecido con Horner algún tiempo, pero finalmente le llamaron para que se fuera. Al regresar, encontró que Horner había desaparecido, que la mesa había sido forzada y que el pequeño cofre

de marruecos en el que, según se supo después, la Condesa acostumbraba a guardar su joya, estaba vacío sobre el tocador. Ryder dio inmediatamente la alarma y Horner fue arrestado esa misma noche, pero no se pudo encontrar la piedra ni en su persona ni en sus habitaciones. Catherine Cusack, criada de la Condesa, declaró haber oído el grito de consternación de Ryder al descubrir el robo, y haber entrado corriendo en la habitación, donde encontró las cosas tal como las había descrito el último testigo. El inspector Bradstreet, de la división B, declaró sobre la detención de Horner, que luchó frenéticamente y protestó por su inocencia en los términos más enérgicos. Habiéndose presentado pruebas de una condena anterior por robo contra el prisionero, el magistrado se negó a tratar el delito de forma sumaria, sino que lo remitió a la Audiencia. Horner, que había mostrado signos de intensa excitación durante el proceso, se desmayó al final y fue sacado del tribunal".

"¡Hum! Esto es demasiado para el juzgado de guardia -dijo Holmes, pensativo, tirando a un lado el papel-. "La cuestión que tenemos que resolver ahora es la secuencia de acontecimientos que van desde un joyero desvalijado, por un lado, hasta la muerte de un ganso en Tottenham Court Road, por otro. Verá, Watson, nuestras pequeñas deducciones han adquirido de repente un aspecto mucho más importante y menos inocente. Aquí está la piedra; la piedra vino del ganso, y el ganso vino del señor Henry Baker, el caballero del sombrero estropeado y todas las demás características con las que le he aburrido. Así que ahora debemos dedicarnos muy seriamente a encontrar a este caballero y averiguar qué papel ha desempeñado en este pequeño misterio. Para ello, debemos intentar primero los medios más sencillos, y éstos consisten sin duda en un anuncio en todos los periódicos de la tarde. Si esto fracasa, recurriré a otros métodos".

"¿Qué va a decir?"

"Dame un lápiz y ese trozo de papel. Ahora, entonces: 'Encontrado en la esquina de Goodge Street, un ganso y un sombrero de fieltro negro. El señor Henry Baker puede tenerlos solicitándolos a las seis y media de esta tarde en el 221B de la calle Baker'. Eso es claro y conciso".

"Mucho. Pero, ¿lo verá?"

"Bueno, seguro que estará atento a los papeles, ya que, para un pobre hombre, la pérdida ha sido cuantiosa. Está claro que se asustó tanto por su infortunio al romper la ventana y por la aproximación de Peterson que no

pensó en otra cosa que en huir, pero desde entonces debió lamentar amargamente el impulso que le hizo soltar su ave. Entonces, de nuevo, la introducción de su nombre hará que lo vea, pues todos los que lo conocen dirigirán su atención hacia él. Toma, Peterson, corre a la agencia de publicidad y haz que pongan esto en los periódicos de la tarde".

"¿En cuáles, señor?"

"Oh, en el Globe, el Star, el Pall Mall, el St. James's, el Evening News, el Standard, el Echo y cualquier otro que se le ocurra".

"Muy bien, señor. ¿Y esta piedra?"

"Ah, sí, me quedaré con la piedra. Gracias. Y, digo, Peterson, compre un ganso a su regreso y déjelo aquí conmigo, pues debemos tener uno para dar a este caballero en lugar del que su familia está devorando ahora."

Cuando el comisario se hubo marchado, Holmes tomó la piedra y la sostuvo contra la luz. "Es una cosa muy bonita", dijo. "No hay más que ver cómo brilla y centellea. Por supuesto que es un centro y un foco del crimen. Toda buena piedra lo es. Son los cebos preferidos del diablo. En las joyas más grandes y antiguas cada una de las caras puede representar un hecho sangriento. Esta piedra no tiene todavía veinte años. Fue encontrada en las riberas del río Amoy, en el sur de China, y destaca por tener todas las características del carbunco, salvo que su tono es azul en lugar de rojo rubí. A pesar de su juventud, ya tiene una historia siniestra. Ha habido dos asesinatos, un lanzamiento de vitriolo, un suicidio y varios robos provocados por este peso de cuarenta granos de carbón cristalizado. ¿Quién podría pensar que un juguete tan bonito sería un portador de la horca y la prisión? Ahora lo guardaré en mi caja fuerte y enviaré una carta a la Condesa para decirle que lo tenemos".

"¿Cree usted que este hombre Horner es inocente?"

"No puedo decirlo".

"Bueno, entonces, ¿imagina que este otro, Henry Baker, tuvo algo que ver con el asunto?"

"Creo que es mucho más probable que Henry Baker sea un hombre absolutamente inocente, que no tenía ni idea de que el pájaro que llevaba tenía un valor considerablemente mayor que si fuera de oro macizo. Eso, sin em-

bargo, lo determinaré mediante una prueba muy sencilla si tenemos una respuesta a nuestro anuncio."

"¿Y no puede hacer nada hasta entonces?"

"Nada."

"En ese caso, continuaré mi ronda profesional. Pero volveré por la tarde a la hora que ha mencionado, pues me gustaría ver la solución de tan enmarañado asunto."

"Me alegra mucho verle. Ceno a las siete. Hay una becada, creo. Por cierto, en vista de los recientes sucesos, tal vez debería pedirle a la Sra. Hudson que revise su cosecha".

Me había retrasado en un caso, y eran poco más de las seis y media cuando me encontré de nuevo en Baker Street. Al acercarme a la casa vi a un hombre alto, con un gorro escocés y un abrigo abotonado hasta la barbilla, que esperaba fuera, en el luminoso semicírculo que arrojaba la luz del ventilador. Justo cuando llegué se abrió la puerta y nos hicieron subir juntos a la habitación de Holmes.

"El señor Henry Baker, creo", dijo él, levantándose de su sillón y saludando a su visitante con el fácil aire de genialidad que tan fácilmente podía asumir. "Por favor, tome esta silla junto al fuego, señor Baker. Es una noche fría, y observo que su circulación está más adaptada al verano que al invierno. Ah, Watson, ha llegado en el momento justo. ¿Es su sombrero, Sr. Baker?"

"Sí, señor, ese es sin duda mi sombrero".

Era un hombre grande, de hombros redondeados, cabeza maciza y rostro ancho e inteligente, que descendía hasta una barba puntiaguda de color marrón canoso. Un toque de color rojo en la nariz y las mejillas, junto con un ligero temblor de su mano extendida, recordaban las conjeturas de Holmes sobre sus hábitos. Su gabardina negra y oxidada estaba abotonada por delante, con el cuello levantado, y sus muñecas larguiruchas sobresalían de las mangas sin señal de puño o camisa. Hablaba de forma lenta y entrecortada, eligiendo sus palabras con cuidado, y daba la impresión general de ser un hombre de letras que había sido maltratado por la fortuna.

"Hemos retenido estas cosas durante algunos días -dijo Holmes- porque esperábamos ver un anuncio suyo en el que se diera su dirección. Me cuesta saber por qué no se ha anunciado".

Nuestro visitante soltó una carcajada algo avergonzada. "Los chelines ya no son tan abundantes para mí como antes", comentó. "No tenía ninguna duda de que la banda de rufianes que me asaltó se había llevado tanto mi sombrero como el pájaro. No me interesaba gastar más dinero en un intento desesperado de recuperarlos".

"Muy naturalmente. Por cierto, sobre el pájaro, nos vimos obligados a comerlo".

"¡A comerlo!" Nuestro visitante medio se levantó de su silla en su excitación.

"Sí, no habría servido de nada a nadie si no lo hubiéramos hecho. Pero supongo que este otro ganso que está sobre el aparador, que tiene más o menos el mismo peso y está perfectamente fresco, responderá igualmente a su propósito."

"Oh, ciertamente, ciertamente", respondió el señor Baker con un suspiro de alivio.

"Por supuesto, todavía tenemos las plumas, las patas, el buche y demás de su propia ave, así que si lo desea..."

El hombre soltó una carcajada. "Podrían serme útiles como reliquias de mi aventura -dijo-, pero más allá de eso no veo qué utilidad van a tener para mí los disjecta membra de mi último conocido. No, señor, creo que, con su permiso, limitaré mi atención al excelente pájaro que veo sobre el aparador."

Sherlock Holmes me dirigió una mirada aguda con un ligero encogimiento de hombros.

"Ahí está su sombrero, entonces, y ahí su pájaro", dijo. "Por cierto, ¿le importaría decirme de dónde sacó el otro? Soy un aficionado a las aves, y rara vez he visto un ganso mejor crecido".

"Desde luego, señor", dijo Baker, que se había levantado y guardado bajo el brazo su recién adquirida propiedad. "Somos unos cuantos los que frecuentamos la posada Alpha, cerca del Museo; se nos puede encontrar en el

propio Museo durante el día, como comprenderá. Este año, nuestro buen anfitrión, de nombre Windigate, fundó un club de gansos, por el cual, a cambio de unos pocos peniques cada semana, cada uno de nosotros recibiría un ave en Navidad. Mis peniques fueron debidamente pagados, y el resto es conocido por usted. Estoy muy en deuda con usted, señor, porque un gorro escocés no se ajusta ni a mis años ni a mi gravedad". Con una cómica pomposidad de modales se inclinó solemnemente ante ambos y siguió su camino.

"Hasta aquí el señor Henry Baker", dijo Holmes cuando hubo cerrado la puerta tras de sí. "Es bastante seguro que no sabe nada del asunto. ¿Tiene usted hambre, Watson?"

"No especialmente".

"Entonces sugiero que convirtamos nuestra cena en una sobremesa y sigamos esta pista mientras aún está caliente".

"Por supuesto."

Era una noche dura, así que nos pusimos los jerseys y nos cubrimos la garganta con corbatas. Fuera, las estrellas brillaban fríamente en un cielo sin nubes, y el aliento de los transeúntes se convertía en humo como tantos disparos de pistola. Nuestras pisadas sonaban con fuerza y claridad mientras atravesábamos el barrio de los médicos, Wimpole Street, Harley Street y, a través de Wigmore Street, Oxford Street. En un cuarto de hora estábamos en Bloomsbury, en el Alpha Inn, un pequeño bar situado en la esquina de una de las calles que desembocan en Holborn. Holmes abrió la puerta del bar privado y pidió dos vasos de cerveza al casero de rostro rubicundo y delantal blanco.

"Su cerveza debe ser excelente si es tan buena como sus gansos", dijo.

"¡Mis gansos!" El hombre parecía sorprendido.

"Sí. Estaba hablando hace apenas media hora con el señor Henry Baker, que era miembro de su club de gansos".

"¡Ah! sí, ya veo. Pero verá, señor, no son nuestros los gansos".

"¡En efecto! ¿De quién, entonces?"

"Bueno, las dos docenas me las dio un vendedor de Covent Garden".

"¿De verdad? Conozco algunos de ellos. ¿Cuál era?"

"Se llama Breckinridge".

"¡Ah! No lo conozco. Bueno, aquí está su buena salud propietario, y la prosperidad a su casa. Buenas noches".

"Ahora para el señor Breckinridge", continuó, abotonando su abrigo mientras salíamos al aire helado. "Recuerde, Watson, que aunque tenemos una cosa tan insignificante como un ganso en un extremo de esta cadena, tenemos en el otro a un hombre al que ciertamente se le impondrán siete años de prisión, a menos que podamos establecer su inocencia. Es posible que nuestra investigación no haga más que confirmar su culpabilidad; pero, en cualquier caso, tenemos una línea de investigación que ha sido omitida por la policía, y que una singular casualidad ha puesto en nuestras manos. Sigámosla hasta el final. De cara al sur, pues, y marcha rápida".

Atravesamos Holborn, bajamos por Endell Street, y así, a través de un zigzag de tugurios, llegamos al mercado de Covent Garden. Uno de los puestos más grandes llevaba el nombre de Breckinridge, y el propietario, un hombre con aspecto de caballo, de cara afilada y bigotes recortados, ayudaba a un muchacho a subir las persianas.

"Buenas noches. Es una noche fría", dijo Holmes.

El vendedor asintió con la cabeza y lanzó una mirada interrogativa a mi acompañante.

"Veo que se han agotado los gansos", continuó Holmes, señalando las losas de mármol desnudas.

"Le dejaré quinientos mañana por la mañana".

"Eso no es bueno".

"Bueno, hay algunos en el puesto con la llama de gas".

"Ah, pero a mí me han recomendado".

"¿Quién?"

"El propietario del Alfa".

"Oh, sí; le envié un par de docenas".

"Eran buenos ejemplares, también. ¿De dónde los sacaste?"

Para mi sorpresa, la pregunta provocó un estallido de ira del vendedor.

"Entonces, señor", dijo, con la cabeza ladeada y los brazos en alto, "¿a qué quiere llegar? Aclaremos las cosas, ahora".

"Ya está bastante claro. Me gustaría saber quién le vendió los gansos que usted suministró al Alfa".

"Bien, entonces, no se lo diré. Así que vamos."

"Oh, es un asunto sin importancia; pero no entiendo por qué se acalora usted por una nimiedad como ésta".

"¡Caliente! Tú estarías igual de caliente, tal vez, si te molestaran tanto como a mí. Cuando pago un buen dinero por un buen artículo, debería acabarse el asunto; pero se trata de "¿Dónde están los gansos?" y "¿A quién le vendiste los gansos?" y "¿Cuánto quieres por los gansos? Uno pensaría que son los únicos gansos del mundo, al escuchar el alboroto que se hace por ellos."

"Bueno, yo no tengo ninguna relación con ninguna otra persona que haya estado haciendo averiguaciones", dijo Holmes despreocupadamente. "Si no nos dice que la apuesta se cancela, eso es todo. Pero siempre estoy dispuesto a respaldar mi opinión en materia de aves, y me apuesto cinco libras a que el pájaro que me comí es de raza campestre."

"Bueno, entonces, ha perdido su billete de cinco libras, ya que es criado en la ciudad", replicó el vendedor.

"No es nada de eso".

"Yo digo que sí".

"No lo creo".

"¿Crees que sabes más de aves que yo, que las he manejado desde que era un niño? Te digo que todos esos pájaros que fueron al Alfa eran criados en la ciudad".

"Nunca me convencerá de creer eso".

"¿Apuesta, entonces?"

"Es simplemente quitarte el dinero, porque sé que tengo razón. Pero me tomaré un soberano con usted, sólo para enseñarle a no ser obstinado".

El vendedor soltó una risa macabra. "Tráeme los libros, Bill", dijo.

El muchacho trajo un pequeño y delgado volumen y otro de lomo graso, y los colocó juntos bajo la lámpara colgante.

"Ahora bien, señor Gallina -dijo el vendedor-, creí que se me habían acabado los gansos, pero antes de que termine descubriré que aún queda uno en mi tienda. ¿Ve este librito?"

"¿Y bien?"

"Es la lista de la gente a la que compro. ¿Lo ves? Bien, entonces, aquí en esta página están los campesinos, y los números después de sus nombres es donde están sus cuentas en el gran libro de contabilidad. ¡Ahora, entonces! ¿Ves esta otra página en tinta roja? Bueno, es una lista de los proveedores de mi ciudad. Ahora, mira ese tercer nombre. Léemelo en voz alta".

"Sra. Oakshott, 117, Brixton Road-249", leyó Holmes.

"Así es. Ahora, súbelo al libro de contabilidad".

Holmes pasó a la página indicada. "Aquí está, 'Sra. Oakshott, 117, Brixton Road, proveedora de huevos y aves'."

"Ahora, entonces, ¿cuál es la última entrada?"

"'22 de diciembre. Veinticuatro gansos a 7s. 6d.'"

"Así es. Ahí está. ¿Y debajo?"

"'Vendido al Sr. Windigate del Alpha, a 12s.'"

"¿Qué tiene que decir ahora?"

Sherlock Holmes parecía profundamente disgustado. Sacó un soberano del bolsillo y lo arrojó sobre la losa, dándose la vuelta con el aire de un hombre cuyo disgusto es demasiado profundo para las palabras. A unos pocos metros se detuvo bajo una farola y se rió de la manera sincera y silenciosa que le era propia.

"Cuando se ve a un hombre con bigotes de ese corte y con el periódico deportivo sobresaliendo del bolsillo, siempre se le puede atraer mediante una apuesta", dijo. "Me atrevo a decir que si hubiera puesto 100 libras delante de él, ese hombre no me habría dado una información tan completa como la que me sacó la idea de que me estaba haciendo una apuesta. Bien,

Watson, me parece que nos acercamos al final de nuestra búsqueda, y el único punto que queda por determinar es si debemos seguir con esa señora Oakshott esta noche, o si debemos reservarla para mañana. Está claro, por lo que ha dicho ese hosco compañero, que hay otros, además de nosotros, que están preocupados por el asunto, y yo debería..."

Sus comentarios se vieron interrumpidos de repente por un fuerte alboroto que surgió del puesto que acabábamos de abandonar. Al volvernos vimos a un tipo con cara de rata en el centro del círculo de luz amarilla que arrojaba la lámpara oscilante, mientras Breckinridge, el vendedor, enmarcado en la puerta de su puesto, agitaba los puños con fiereza ante la figura encogida.

"Ya estoy harto de ti y de tus gansos", gritó. "Me gustaría que os fuerais todos juntos al diablo. Si vuelves a molestarme con tus tonterías, te echaré el perro encima. Traiga usted a la señora Oakshott y le responderé, pero ¿qué tiene usted que ver con esto? ¿Te compré los gansos?"

"No; pero uno de ellos era mío igualmente", gimió el hombrecillo.

"Bueno, entonces, pídele a la señora Oakshott que lo pague".

"Ella me dijo que se lo pidiera a usted".

"Bueno, puedes pedírselo al rey de Proosia, por lo que me importa. Ya he tenido suficiente. Fuera de aquí". Se precipitó ferozmente hacia delante, y el preguntón se alejó corriendo en la oscuridad.

"¡Ja! esto puede ahorrarnos una visita a Brixton Road", susurró Holmes. "Acompáñeme y veremos qué se puede hacer con este tipo". Atravesando los grupos de gente dispersos que se movían alrededor de los puestos, mi compañero alcanzó rápidamente al hombrecillo y le tocó en el hombro. El hombre se dio la vuelta y pude ver, a la luz del gas, que todo vestigio de color había desaparecido de su rostro.

"¿Quién es usted, pues? ¿Qué quiere?", preguntó con voz temblorosa.

"Me disculpará usted -dijo Holmes con toda naturalidad-, pero no he podido evitar oír las preguntas que le ha hecho usted al vendedor hace un momento. Creo que podría serle de ayuda".

"¿Usted? ¿Quién es usted? ¿Cómo puede saber algo del asunto?"

"Mi nombre es Sherlock Holmes. Es mi trabajo saber lo que otras personas no saben".

"¿Pero usted no puede saber nada de esto?"

"Disculpe, lo sé todo. Usted está tratando de rastrear unos gansos que fueron vendidos por la señora Oakshott, de Brixton Road, a un vendedor llamado Breckinridge, por él a su vez al señor Windigate, del Alpha, y por él a su club, del que es miembro el señor Henry Baker."

"Oh, señor, usted es el mismo hombre que he deseado conocer", gritó el pequeño con las manos extendidas y los dedos temblorosos. "Apenas puedo explicarle lo interesado que estoy en este asunto".

Sherlock Holmes saludó a un vehículo de cuatro ruedas que pasaba. "En ese caso, será mejor que lo discutamos en una habitación acogedora y no en este mercado azotado por el viento", dijo. "Pero le ruego que me diga, antes de seguir adelante, a quién tengo el placer de ayudar".

El hombre dudó un instante. "Me llamo John Robinson", respondió con una mirada de reojo.

"No, no; el verdadero nombre", dijo Holmes con dulzura. "Siempre es incómodo hacer negocios con un alias".

Las blancas mejillas del desconocido se sonrojaron. "Entonces", dijo, "mi verdadero nombre es James Ryder".

"Precisamente. Jefe de personal del Hotel Cosmopolitan. Por favor, suba al taxi y pronto podré contarle todo lo que desee saber".

El hombrecito se quedó mirando de uno a otro de nosotros con ojos medio asustados, medio esperanzados, como quien no está seguro de si está al borde de una suerte o de una catástrofe. Luego subió al taxi y en media hora estábamos de vuelta en el salón de Baker Street. No se había dicho nada durante el trayecto, pero la respiración agitada y delgada de nuestro nuevo acompañante, y los apretones y aflojamientos de sus manos, hablaban de la tensión nerviosa que había en su interior.

"¡Aquí estamos!", dijo Holmes alegremente cuando entramos en la habitación. "El fuego parece muy apropiado para este tiempo. Parece que tiene usted frío, señor Ryder. Le ruego que tome el sillón. Me pondré las zapati-

llas antes de resolver este pequeño asunto suyo. ¡Ahora, entonces! ¿Quiere saber qué pasó con esos gansos?"

"Sí, señor."

"O más bien, me imagino, de ese ganso. Era un pájaro, me imagino, en el que usted estaba interesado: blanco, con una barra negra en la cola".

Ryder se estremeció de emoción. "Oh, señor", gritó, "¿puede decirme a dónde fue?"

"Vino aquí".

"¿Aquí?"

"Sí, y resultó ser un pájaro muy notable. No me sorprende que se interese por ella. Puso un huevo después de muerto, el huevo azul más bonito y brillante que jamás se haya visto. Lo tengo aquí en mi museo".

Nuestro visitante se puso en pie tambaleándose y se agarró a la repisa de la chimenea con la mano derecha. Holmes abrió su caja fuerte y levantó el carbunclo azul, que brillaba como una estrella, con un resplandor frío y brillante, de muchas puntas. Ryder se quedó mirando con el rostro desencajado, sin saber si reclamarlo o repudiarlo.

"Se acabó el juego, Ryder", dijo Holmes en voz baja. "¡Aguanta, hombre, o irás a parar al fuego! Devuélvale el brazo a su silla, Watson. No tiene la suficiente sangre como para ir a por un crimen impunemente. Dale un chorrillo de brandy. ¡Así! Ahora parece un poco más humano. ¡Qué gamba es, sin duda!"

Por un momento se tambaleó y estuvo a punto de caer, pero el brandy le dio un toque de color a sus mejillas, y se sentó mirando con ojos asustados a su acusador.

"Tengo casi todos los eslabones en mis manos, y todas las pruebas que podría necesitar, así que es poco lo que necesita decirme. Sin embargo, ese poco puede ser aclarado para completar el caso. ¿Has oído hablar, Ryder, de esta piedra azul de la Condesa de Morcar?"

"Fue Catherine Cusack quien me habló de ella", dijo él con voz chillona.

"Ya veo... la camarera de su señoría. Bueno, la tentación de una riqueza repentina tan fácilmente adquirida fue demasiado para ti, como lo ha sido

para hombres mejores antes que tú; pero no fuiste muy escrupuloso en los medios que utilizaste. Me parece, Ryder, que hay en ti la hechura de un bello villano. Usted sabía que este hombre, Horner, el fontanero, había estado involucrado en algún asunto de este tipo antes, y que las sospechas recaerían más fácilmente sobre él. ¿Qué hizo entonces? Hiciste un pequeño trabajo en la habitación de mi señora -tú y tu cómplice Cusack- y te las arreglaste para que él fuera el hombre al que se enviara. Luego, cuando se marchó, desvalijaste el joyero, diste la alarma e hiciste que arrestaran a ese desafortunado hombre. Entonces..."

Ryder se tiró de repente sobre la alfombra y se agarró a las rodillas de mi compañero. "¡Por el amor de Dios, tenga piedad!", gritó. "¡Piensa en mi padre! ¡En mi madre! Se les rompería el corazón. ¡Nunca me equivoqué antes! Nunca más lo haré. Lo juro. Lo juraré sobre una Biblia. ¡Oh, no lo traigas a la corte! Por el amor de Dios, no lo haga".

"¡Vuelva a su silla!", dijo Holmes con severidad. "Está muy bien encojerse y arrastrarse ahora, pero usted pensó muy poco en este pobre Horner en el banquillo de los acusados por un crimen del que no sabía nada".

" Me iré, señor Holmes. Dejaré el país, señor. Entonces la acusación contra él se derrumbará".

"¡Hum! Ya hablaremos de eso. Y ahora escuchemos un relato verdadero del siguiente acto. ¿Cómo llegó la piedra al ganso y cómo llegó el ganso al mercado? Cuéntanos la verdad, porque ahí está tu única esperanza de salvación".

Ryder se pasó la lengua por los labios resecos. "Se lo contaré tal y como ocurrió, señor", dijo. "Cuando Horner fue detenido, me pareció que lo mejor sería que me escapara con la piedra de inmediato, pues no sabía en qué momento a la policía no se le ocurriría registrarme a mí y a mi habitación. No había ningún lugar en el hotel donde estuviera segura. Salí, como si fuera un encargo, y me dirigí a la casa de mi hermana. Ella se había casado con un hombre llamado Oakshott, y vivía en Brixton Road, donde engordaba gallinas para el mercado. Durante todo el camino, todos los hombres con los que me encontré me parecieron policías o detectives; y, a pesar de que era una noche fría, el sudor me corría por la cara antes de llegar a Brixton Road. Mi hermana me preguntó qué me pasaba y por qué estaba tan pálido;

pero le dije que me había alterado el robo de joyas en el hotel. Luego me fui al patio trasero y me fumé una pipa y me pregunté qué sería mejor hacer.

"Una vez tuve un amigo llamado Maudsley, que fue a la cárcel, y acaba de cumplir su condena en Pentonville. Un día se encontró conmigo, y se puso a hablar de las costumbres de los ladrones, y de cómo podían deshacerse de lo que robaban. Sabía que me sería sincero, pues conocía una o dos cosas de él; así que decidí ir directamente a Kilburn, donde vivía, y tomarle la palabra. Él me enseñaría cómo convertir la piedra en dinero. ¿Pero cómo llegar a él con seguridad? Pensé en la agonía por la que había pasado al venir del hotel. En cualquier momento podrían detenerme y registrarme, y allí estaría la piedra en el bolsillo de mi chaleco. Estaba apoyado en la pared en ese momento y miraba a los gansos que se paseaban alrededor de mis pies, y de repente me vino a la cabeza una idea que me mostró cómo podía vencer al mejor detective que jamás haya existido.

"Mi hermana me había dicho unas semanas antes que podía elegir uno de sus gansos como regalo de Navidad, y yo sabía que ella era siempre fiel a su palabra. Ahora tomaría mi ganso y en él llevaría mi piedra a Kilburn. Había un pequeño cobertizo en el patio, y detrás de él conduje uno de los gansos, uno muy grande, blanco, con la cola barrada. Lo cogí y, abriendo el pico, le introduje la piedra en la garganta hasta donde alcanzaba mi dedo. El pájaro dio un trago, y sentí que la piedra pasaba a lo largo de su garganta y bajaba hasta su buche. Pero la criatura aleteó y luchó, y salió mi hermana para saber qué pasaba. Cuando me giré para hablarle, el animal se soltó y se alejó entre los demás.

"¿Qué estabas haciendo con ese ave, Jem?", dijo ella.

"'Bueno', dije, 'dijiste que me regalarías uno para Navidad, y estaba tanteando cuál era el más gordo'.

"'Oh,' dice ella, 'hemos reservado el tuyo para ti, el pájaro de Jem, lo llamamos. Es el grande y blanco de allá. Hay veintiséis, lo que hace uno para ti, otro para nosotros y dos docenas para el mercado'.

"'Gracias, Maggie,' digo; 'pero si te da lo mismo, prefiero ese que estaba manejando hace un momento.'"

"'El otro pesa tres libras más', dijo ella, 'y lo hemos engordado expresamente para ti'.

" 'No importa. Me quedaré con la otra, y me la llevaré ahora", dije.

" 'Oh, como quieras', dijo ella, un poco enfadada. ¿Cuál es el que quieres, entonces?

" 'Ese blanco con la cola barrada, justo en el centro de la bandada'.

" 'Oh, muy bien. Mátalo y llévatelo".

"Bueno, hice lo que ella dijo, Sr. Holmes, y llevé el pájaro hasta Kilburn. Le conté a mi amigo lo que había hecho, pues era un hombre al que era fácil contarle una cosa así. Se rió hasta atragantarse, y cogimos un cuchillo y abrimos el ganso. El corazón me dio un vuelco, pues no había rastro de la piedra, y supe que se había producido un terrible error. Dejé el pájaro, volví corriendo a casa de mi hermana y me apresuré a entrar en el patio trasero. Allí no se veía ningún pájaro.

"¿Dónde están todos, Maggie?", grité.

" 'Se han ido a casa del vendedor, Jem'.

"¿Qué comerciante?

"Breckinridge, de Covent Garden".

" 'Pero, ¿había otro con la cola barrada?' pregunté, "¿Igual que el que elegí?

" 'Sí, Jem; había dos de cola barrada, y nunca pude distinguirlos'.

"Bueno, entonces, por supuesto que me di cuenta de todo, y corrí tan fuerte como mis pies me llevaban a este hombre Breckinridge; pero él había vendido el lote de inmediato, y ni una palabra me diría en cuanto a donde habían ido. Ustedes mismos lo escucharon esta noche. Bueno, siempre me ha contestado así. Mi hermana cree que me estoy volviendo loco. A veces pienso que soy yo mismo. Y ahora... ahora soy yo mismo un ladrón marcado, sin haber tocado nunca la riqueza por la que vendí mi carácter. ¡Que Dios me ayude! Que Dios me ayude!" Estalló en un sollozo convulsivo, con la cara enterrada entre las manos.

Hubo un largo silencio, sólo roto por su pesada respiración y por el medido golpeteo de las yemas de los dedos de Sherlock Holmes sobre el borde de la mesa. Entonces mi amigo se levantó y abrió la puerta de golpe.

"¡Salga!", dijo.

"¡Qué, señor! Oh, que el cielo lo bendiga!"

"No hay más palabras. Salga!"

Y no fueron necesarias más palabras. Se oyó una prisa, un estruendo en las escaleras, el golpe de una puerta y el crujido de las pisadas de la calle.

"Después de todo, Watson -dijo Holmes, cogiendo su pipa de arcilla-, la policía no me ha contratado para suplir sus deficiencias. Si Horner estuviera en peligro, sería otra cosa; pero este tipo no comparecerá contra él, y el caso debe desmoronarse. Supongo que estoy conmutando un delito, pero es posible que esté salvando un alma. Este hombre no volverá a equivocarse; está demasiado asustado. Envíelo a la cárcel ahora y lo convertirá en un delincuente de por vida. Además, es la época del perdón. El azar ha puesto en nuestro camino un problema de lo más singular y caprichoso, y su solución es su propia recompensa. Si tiene la bondad de tocar la campana, doctor, comenzaremos otra investigación, en la que también un pájaro será el protagonista".

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**